

La mujer

TERESA CABRERA ESPINOZA

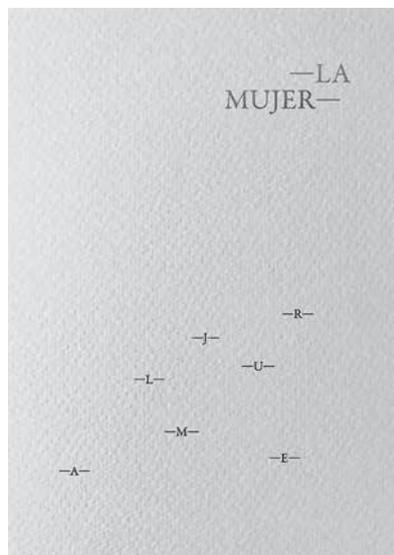
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

1520244@unmsm.edu.pe

La *mujer* de Victoria Guerrero es un libro que propone una experiencia transida entre dos dimensiones. Una primera, la de la inmediatez del cuerpo, la experiencia de la carne, su temperatura y su dolor, una dimensión de la realidad que está sujeta a ese procedimiento de verificación del sentir y el conocer que llamamos diagnóstico clínico. La segunda, aquella que la razón moderna bien ha confinado como especulación metafísica, o relegado a la fantasía, a la higiene onírica o a la imaginería del sueño. También a aquello que en tono condescendiente llamamos “paranormal”. Los poemas de *La mujer* se establecen como un vínculo entre ambas dimensiones a partir de situaciones como el trance, el conjuro, la agonía, la invocación, la exacerbación morbosa de la sensibilidad, la disociación de la conciencia y la exploración literaria de un ultramundo poblado por poetas, escritoras.

En esa elaboración, no desprovista de humor negro y autoironía, el cuerpo es un campo interior que bulle entre la fiebre, el bombeo agitado de la sangre y la circulación de los venenos y palabras que componen la terapia sicoanalítica y el tratamiento oncológico. A la vez, este campo tiene una superficie en la que se alternan el reposo entre libros y pastillas y la convulsión del vómito o del recuerdo, en un proceso de reestructuración personal (“Piscis”, pp. 29-30). La mujer de los poemas —una entidad inestable— se reestructura tanto desde un lenguaje que ha sido adquirido dificultosamente para dar sentido a la enfermedad, como desde las posturas, ensamblajes y dispositivos requeridos para combatirla: una horizontalidad herida que al deshabilitarse para el hecho físico de la escritura, genera un cuestionamiento de su identidad como poeta e incluso de su autopercepción como ser humano, propiciando la aparición de nuevas encarnaciones: el ciborg, lo animal o la vampiro.

A ese reordenamiento y reinterpretación del cuerpo le corresponde una



La mujer

Victoria Guerrero

Album del Universo Bakterial

Lima, 2022, 64 pp.

reelaboración de los mapas relacionales de la mujer. Una relación primordial es con la madre, que impone su moldura y arrincona al yo en la nimiedad, un yo que a su vez responde reduciendo a la madre a su estatuto material post mortem: metal y ceniza. Otra relación es la que se establece con el pasado: de un lado la migración académica y el contacto con el ambiente de las escritoras del Norte (Dickinson, en el poema “Emily”, pp. 21-23 o Plath en “Sylvia, estoy frita”, pp. 33-35); de otro lado, las imágenes difusas de la guerra en el Perú, los años de adolescencia y juventud marcados por la afeción nerviosa, la crisis social y el nihilismo. Estas relaciones, que constituían una suerte de identidad terrenal de la mujer, se quiebran ante la proximidad e inminencia de la muerte.

Esta liminalidad no solo reubica el conflicto con la madre (“El Amor, por el Hueco de la Memoria”, p. 43) o con los ex (“Autorretrato (con ex maridos)”, p. 31), también problematiza la sobrevivencia. El problema de pervivir

tras la enfermedad se presenta a través del recurso de médicos, enfermeras y burócratas de la salud asimilados a una imaginería de lo paranormal: son exorcistas, diablos en bata y chaperonas demoníacas quienes prescriben la administración de las fluctuantes energías de la mujer, casi despojada de sí misma, entregada a la tecnología de la salud. El límite de la supervivencia, se nos sugiere, no debe exceder a la posibilidad de preservar la identidad.

A veces sujeto, a veces vocativo, a veces personaje, la mujer es el constructo en el que emergen corporal y anímicamente el *yo* y las *ella* que sobreviven al envenenamiento controlado; también es la figura que habilita el elenco literario de la autora, poetas que por su tragedia y resistencia conforman un linaje. Esta es quizá la única voluntad de trascendencia que ofrece el libro: la mujer como un significante que ocupan las poetas del más allá y también Guerrero, en la hipótesis del advenimiento de su propia muerte. Más cerca de la imaginación tétrica, puede decirse que la mujer es poseída por las poetas, sea que son invocadas como íconos culturales o como subjetividades históricas atravesadas por la política, la depresión o la histeria.

Aquí histeria no es referida como la sintomatología fundada en un evento no elaborado de orden sexual. La histeria, resignificada, se presenta como la manifestación reactiva a la opresión que ocurre en diversos órdenes: en el pacto monogámico (“El agua se aprende por la sed”, pp. 39-40); en el pacto creativo (“Jo Hopper”, p. 41) o en el pacto político (“Magda”, pp. 57-59). En este se recupera y prolonga una politicidad femenina, con Magda Portal como avanzada de las mujeres del siglo pasado que, fuera de lugar, aún sin derecho al voto, querían saber de marxismo, ser militantes y no solo simpatizar con las causas revolucionarias. *La mujer* declara la caducidad del *pedir* la palabra y define como necesario tomarla “a arañazos./ Como gatas locas.” (p. 58).